



HOTELES CON OTRO ENCANTO



LA VIDA DE HOTEL

JAVIER MONTES

Anagrama. Barcelona, 2012

198 páginas, 15,90 euros

Libro electrónico: 11,99 euros

★★★★

Quizá no haya rasgo que mejor revele la madurez de un escritor, estadio en el que deja ya de ser una promesa o el descubrimiento de una revista, que el manejo de la ironía. Javier Montes ha llegado en *La vida de hotel* a ofrecernos páginas sutiles, inteligentes, sueltas, medidas en distintos tonos, que harán sin duda disfrutar al lector inteligente. Lo primero para hacerlo es entrar en la convención, es decir, crearse el dispositivo inicial de las casualidades que dan origen a la trama principal. Ser artificiosa no es condición que afee una novela cuando no ha pretendido ser otra cosa para llegar a buen puerto. Montes saca mucho jugo posterior al mundo del que la historia principal es marco.

Lo que se encierra dentro de ese marco es quizá lo mejor, y ciertamente el mayor reproche que a esta novela cabría hacerle es haber querido llevar la historia-eje más allá de su mera función instrumental, dotándola de una profundidad que creo perjudica el propio juego establecido en ella. Estaba bien como estaba —como artificio para hablar de la vida de los hoteles y en los hoteles, tema por otra parte estupendo que Montes comparte con Vila-Matas, siendo escritores muy diferentes.

Sin sangre

El protagonista es un crítico de periódico especializado en reseñar hoteles, si bien aborrece de los denominados «con encanto». Le gustan más los que contienen esa vida entre triste y casi no digna de los viejos hoteles remozados. Leyendo las críticas que Montes ha imaginado escritas por ese crítico se percibe su magistral ironía. ¡Ojalá encontrase uno en los periódicos críticas tan acervas, sin sangre, y elocuentes por ello!

La atmósfera de una ciudad (se intuyen Ronda, Santander o el Madrid del Hotel Victoria); los detalles de la propia vida en un hotel; las situaciones casi ridículas a que dan lugar (muchas de ellas tan reales); las reflexiones del protagonista (la vida de las azoteas en relación con la infancia es un soberbio ejemplo); la caricatura bien trazada de tipos (como el crítico gastronómico); pasajes muy bien contruidos (la ambigüedad de la situación erótica con el muchacho en el hostel o cuando es sorprendido mirando webs porno); todas ellas son escenas de autor que, además de haber sido creadas con cuidada atmósfera, están muy bien escritas (un ejemplo de ello es la prosa, a la que no afean los adjetivos, precisos y ajustados).

Manía persecutoria

La única pega que esta novela suscita es la necesidad de haber añadido la febril pesquisa final y el intrincado desenlace en los sótanos de otro gran hotel, con una escena casi onírica, que si bien tiene precedentes en «Las babas del diablo», de Cortázar, termina rechinando, no únicamente porque no se ha motivado bien esa manía persecutoria del protagonista hacia la dueña de la empresa de webs eróticas, sino porque la profundidad en la que la novela quiere entrar, al sacarla del juego de su propio artificio, la lleva a un lugar que a mi juicio no le favorece. Los artificios es mejor no explicarlos y quizá las mayores profundidades son aquellas que no precisan hacerse explícitamente patentes. Ese final no impide, sin embargo, que el lector agradezca una novela tan inteligente como bien escrita.

J. M. POZUELO YVANCOS